

Libro de las ninfas, silfos, pigmeos y salamandras, y de los demás espíritus

Paracelso

Veröffentlichungsversion / Published Version
Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Paracelso (1991). Libro de las ninfas, silfos, pigmeos y salamandras, y de los demás espíritus. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 36(146), 117-118. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1991.146.51582>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Comercial-NoDerivatives). For more Information see:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

de un hombre despierto las de un hombre que duerme. Porque la Naturaleza contempla apaciblemente su objeto, objeto nacido en ella por el hecho de que ella permanece en sí y consigo misma, por el hecho de que es ella misma un objeto de contemplación y una contemplación silenciosa pero débil. Hay, en efecto, otra potencia que contempla con más fuerza: la Naturaleza sólo es la imagen de otra contemplación. Lo que produce es muy débil, porque una contemplación debilitada engendra un objeto débil. De la misma manera, los hombres demasiado débiles para especular son los que buscan en la obra una sombra de la especulación y de la razón. No siendo de ninguna manera capaces de elevarse a la especulación, no pudiendo a causa de la debilidad de su alma asirlo inteligible en sí mismo y saturarse de él, deseando sin embargo contemplarlo, se esfuerzan por alcanzar merced a la acción lo que no podrían obtener por el solo pensamiento. Así, cuando obramos cuando queremos ver, contemplar, asir lo inteligible, o ensayamos hacerlo percibir por otros, o nos proponemos obrar cuanto de ello somos capaces, en todos estos casos, encontramos que la acción es una debilidad de la contemplación o una consecuencia de la contemplación: una debilidad, si después de haber obrado, no se posee nada de lo que se ha hecho; una consecuencia, si (después de haber obrado) se tiene que contemplar algo mejor de lo que se ha hecho. ¿Qué hombre, en efecto, pudiendo contemplar realmente la verdad va a contemplar la imagen de ésta? De ahí viene el gusto que tienen por las artes manuales y por la actividad corporal, los niños que poseen un espíritu débil y que no pueden comprender las teorías de las ciencias especulativas.

Plotino, *Eneadas*, México, UNAM, 1923.

LIBRO DE LAS NINFAS, SILFOS, PIGMEOS Y SALAMANDRAS, Y DE LOS DEMAS ESPIRITUS

Paracelso

No sólo conocemos muy bien la creación de todas las cosas naturales, sino que somos también conscientes de ella, así como de todo cuanto Dios ha creado, por lo que cada nación reconoce lo que le es propio, lo que en ella existe y crece, al igual que todo hombre tiene conciencia de sí mismo y está en posesión, por lo tanto, de un oficio y tiene experiencia en los asuntos de su incumbencia. De esta suerte sabemos de todas las criaturas creadas por Dios, y nada hay oculto, nada que no le sea consciente al hombre o de lo que no pueda llegar a tener conciencia. No quiere decir esto que el todo esté en las partes, es decir: que un hombre lo sepa todo, sino que cada quien sabe lo suyo, de tal manera que todo se junta y todo es conocido. Y tampoco significa esto que una sola nación esté informada sobre todas las demás naciones, pero sí sobre ella misma. Y así, viéndolo todo en su conjunto, resulta que todo es conocido, y cada ciudad, cada aldea y cada casa tienen conocimiento de la totalidad de sus cosas naturales, amén de las artes y oficios en los que son empleadas todas las criaturas; esto para éste y aquello para aquél; con lo que no hay nada que no sea utilizado y se sabe además por qué han sido creadas todas las cosas; por lo que el resultado final es que todo cuanto existe está al servicio del hombre y a él se subordina. Pero, hay algo, sin embargo, que es mucho más de lo que la sabiduría natural puede comprender y

penetrar, algo que la sobrepasa y se eleva por encima de ella y le es contraria, es decir: que no puede ser sondeada por la sabiduría de la naturaleza; pero la sabiduría del hombre, que está por encima de la sabiduría natural, esa sabiduría sí puede comprenderlo, pues la naturaleza irradia una luz que puede ser reconocida por su propio reflejo. Mas, en el hombre hay también una luz que está fuera de la luz que nace de la naturaleza. Esa es la luz con la que el hombre capta, aprehende y sondea las cosas sobrenaturales. Los que buscan en la sabiduría de la naturaleza, hablan de la naturaleza; los que buscan en la sabiduría del hombre, dicen mucho más de lo que hay en la naturaleza misma, pues el hombre es más que la naturaleza. El es la naturaleza, es también un espíritu, también un ángel; él posee esas tres cualidades. Si deambula por la naturaleza, a ésta prestará servicio; si deambula por el espíritu, estará al servicio del espíritu; y si deambula entre los ángeles, prodigará sus servicios como un ángel. Lo primero le ha sido dado al cuerpo; el resto, al alma, y éstos son sus tesoros. Precisamente por esto, porque el hombre tiene un alma y esas dos cualidades en ella, por esto es que puede elevarse por encima de la naturaleza y puede investigar lo que no existe en ella, puede penetrar y ahondar en el infierno, en el demonio y en su imperio. Y es así que el hombre comprende también el cielo y su esencia, es decir: a Dios y a su imperio. Quien tenga que ir a un lugar determinado, habrá de saber antes sobre la esencia del mismo y podrá, por lo tanto, caminar a donde le plazca.

Paracelso, *El libro de las ninfas, silfos, pigmeos, y salamandras y de los demás espíritus*,
Barcelona, Edit. Obelisco, 1987.

NATURALEZA

Voltaire

El Filósofo. ¿Qué eres tú. Naturaleza? Vivo en ti y hace cincuenta años que te busco y no he podido encontrarte todavía.

La Naturaleza. Los antiguos egipcios, que según dicen vivían doscientos años, me reprochaban lo mismo. Me llamaron Isis y me cubrieron la cabeza con un velo, diciendo que nadie podía levantármelo.

El Filósofo. Por eso me dirijo a ti. Pude medir algunos de tus astros, conocer su órbita y asignar las leyes del movimiento, pero no he logrado saber quién eres. ¿Actúas continuamente? ¿Eres siempre pasiva? ¿Tus elementos se organizaron por sí mismos, al igual que el agua se pone sobre la arena, el aceite sobre el agua y el aire sobre el aceite? ¿Dirige tus operaciones un espíritu, como dirige los Concilios cuando se reúnen, aunque sus miembros sean algunas veces ignorantes? Te suplico que me proporciones la clave de tu enigma.

La Naturaleza. Soy el gran todo, no sé nada más. No soy matemática y en mí todo está organizado con leyes matemáticas. Adivina, si puedes, cómo se hizo esto.

El Filósofo. Pues si eres el gran todo que sabes matemáticas y tus leyes son estrictamente geométricas, es menester que exista un ser eterno geómetra que te guíe, esto es una inteligencia suprema que dirija tus operaciones.

La Naturaleza. Tienes razón. Soy agua, tierra, fuego, atmósfera, metal, mineral, piedra, vegetal y animal. Sé que existe en mí una inteligencia; tú también la tienes y